

ANA CAMPOS

UNA LUZ *en la* SOMBRA

LA VIDA DE MITI MARKMANN,
PRIMERA DAMA DE CHILE

A mis abuelos y sus descendientes.
A todas aquellas incansables luchadoras.

No te rindas que la vida es eso,
continuar el viaje,
perseguir tus sueños,
destrabar el tiempo,
correr los escombros y destapar el cielo.

MARIO BENEDETTI

Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú.
Donde haya un error que enmendar, enmiéndalo tú.
Donde haya un esfuerzo que todos esquivan, hazlo tú.
Sé tú el que aparta la piedra del camino.

GABRIELA MISTRAL

A los noventa años, con su belleza casi intacta, una trenza enroscada como corona sobre su cabeza y una mirada melancólica, Miti me dijo que la vida le había sido generosa y esquivia a la vez.

Durante un año, tuvimos cita todos los miércoles en la tarde en su casa de Ñuñoa. Nos sentábamos en los sillones de mimbre de su terraza rodeadas de rosales y naranjos en flor o en la biblioteca, con una taza de té caliente en invierno o un vaso de té frío en verano. De esa forma ella me fue abriendo el pasado: su infancia, juventud y vida al lado de un hombre público.

Ella sentía el orgullo de haber sido admirada como primera dama, pero decía que había pagado un precio muy alto por su felicidad. Esa mirada de tristeza provenía de aquellos dolores de los cuales nunca se pudo recuperar, pero con los que aprendió a vivir como mujer.

Una y otra vez volvíamos al día de su boda, que marcó el fin de su vida como tímida niña de provincia. De su matrimonio guardaba una sola foto en sepia en que aparecían ella y Gabriel.

Ese fue el momento en que me comenzó a contar su historia.

Primera parte

1

La noche antes de casarme me daba vueltas en la cama, escuchando los latidos acelerados de mi corazón. Aún tenía presente la imagen de lo que había ocurrido durante la cena: mi papá sentado en la mesa del comedor, con la cabeza gacha, la mano temblorosa, la sopa escurriendo de la cuchara y sus lágrimas cayendo sobre su plato. «Miti, todavía puede arrepentirse, no se case», me dijo. Él, siempre compuesto debido a esa rígida formación germana que dificultaba demostrar sentimientos, por primera vez, con sus ojos azules vidriosos, me pedía algo que yo simplemente no podía darle.

Con las palabras de mi padre todavía dándome vueltas en la cabeza, me levanté y silenciosamente abrí las persianas de madera. Desde el segundo piso miré el cielo morado y los primeros rayos de sol que se asomaban por la cordillera. Como no quería despertar a mi hermana Laura, que dormía en la cama de al lado, salí de la habitación sin hacer ruido y fui al baño. Sobre una silla, mi vestido de novia de seda blanca cuidadosamente tendido, parecía una escultura imponente, casi viva, en medio de ese gran baño de baldosas verdes. Ya había perdido la cuenta de las veces que me lo había probado. Me gustaba pararme frente al espejo, mover la falda de lado a lado, mientras mi pelo rubio largo seguía el ritmo del vestido. Hice el esfuerzo y me abroché con dificultad los botones de concha perla.

Pero cuando llegó el gran día, me miré al espejo y no me veía radiante. Tenía los ojos rojos e hinchados. Sufría por la oposición de mi padre; y había sido mi madre, una mujer de carácter, quien lo convenció para que diera su consentimiento. Yo ya había cumplido dieciocho años y él no lograba entender que era lo suficientemente madura como para saber que elegía bien.

Después de probarme el vestido, lo dejé sobre la silla, me puse una bata liviana, bajé las escaleras y entré en la cocina. Mi madre se encontraba ayudando a María, la cocinera, en los preparativos de la fiesta. Recién habían traído las gallinas del corral

ubicado al final de la huerta y estaban escabechándolas para los doce invitados que asistirían al almuerzo. Las gallinas yacían sin plumas sobre la mesa de madera, sus cuellos colgando retorcidos, los ojos secos y abiertos, hasta me parecía escuchar el cacareo de dolor que emitieran antes de morir. Salí al jardín a tomar aire fresco. Sentí la cálida brisa de verano abanicar mi cara y la fragancia de las últimas rosas que florecían en febrero disiparon mis náuseas. Pensé en cómo me iba a cambiar la vida, no sabía si me acostumbraría a vivir en un departamento pequeño y al clima húmedo de La Serena. No me gustaban los cambios. Me había costado mucho adaptarme a Santiago, después de vivir toda mi infancia en Taltal, donde nací. Una pequeña ciudad aislada al medio del desierto entre el mar y las montañas.

2

Vestirme era un verdadero suplicio. «Levante los brazos», me decía mi madre. Yo los levantaba y primero me ponía la camiseta abrochada con botones, luego la enagua y, finalmente, el vestido con una infinidad de pequeños botones. Lo que no toleraba era que, como se consideraba señal de elegancia llevar los calcetines muy estirados, me los pegaran a la piel con jabón mojado o que la ropa se usara arrugada, señal de que viajaba desde muy lejos, muchas veces encargada por catálogos a Europa.

Los domingos me sentaba en el antejardín y, mientras jugaba con los pedazos de mimbre que salían de la silla, me quedaba mirando a la gente que iba y volvía de la misa. Observaba de reojo a los vecinos que pasaban cerca, porque ya sabía lo que venía: «Ay, qué linda la niñita».

Me llamaban Miti, porque cuando nací, en julio de 1907, mi padre, que en realidad quería un varón, me apodó «Mister». Un nombre que se le daba a todos los extranjeros de piel blanca y pelo claro que vivían en Taltal. Luego mi hermana Laura deformó la palabra hasta llegar a Miti.

En esos años permanecía mucho rato sentada delante de mi casa, viendo pasar los coches a caballo y mirando el contraste de las montañas desérticas frente al verdor de las plantas de la plaza, que estaba rodeada de una pequeña reja de madera blanca y contaba con palmeras bajas, arbustos, algunos árboles y dos altos pinos araucaria con tres ramas cada uno. Las construcciones que la rodeaban eran de un piso y algunas de dos, entre ellas la casa-oficina del Banco de Chile, donde vivíamos los cuatro. Mi padre era agente de ese banco y con mi madre y mi hermana, que era tres años mayor que yo, teníamos una vida sencilla.

La plaza tenía un encanto especial porque había sido arreglada por mi madre cuando recién llegaron a Taltal. El día que se instalaron, un caluroso día de verano de 1905, mi madre subió las escaleras y se desilusionó con lo que vio por la ventana: una plaza polvorienta y en el horizonte, más polvo.

—Juan, quiero la plaza —le dijo a mi padre.

Sabiendo que nada la detenía, él le respondió:

—Pídala.

Y así ella le pidió al alcalde, organizó a un grupo de mujeres y a cada una la puso a cargo de un pedazo para transformarla. Al poco tiempo estaba cubierta de flores, palmeras y arbustos. Pero mi madre no quedó conforme. Compró brochas y pinturas y en un breve lapso tuvo un colorido paisaje que pintó en el muro de nuestra casa. Esa era la forma de contrastar el café amarillento infinito de las montañas del desierto que morían en el mar.

Con otros niños que vivían alrededor de la plaza jugábamos arrastrando una rueda o con cajones de madera, que usábamos como barco, mientras por las calles circulaban algunos coches y carretas. En Taltal había un solo auto, pequeño y rojo; cada vez que pasaba lo mirábamos atentas con Laura, y luego corríamos detrás de él.

Las viviendas cercanas a la plaza central contaban con un recién inaugurado servicio de agua potable y alcantarillado. No ocurría lo mismo en los sectores más alejados a ella. Y aunque los carretoneros la repartían entre los veinte mil habitantes cuando ellos se quedaban sin comida para sus caballos, la gente se

quedaba sin agua. Hasta las plantas tenían un comportamiento curioso cuando la buscaban. En la casa de mis vecinos había una higuera, que se inclinó al tonel que teníamos en el patio e incluso las ramas superiores echaron raíces.

Cuando llegaba el verano me entusiasmaba acompañar a mi madre, Ana, que era una gran nadadora, a la playa. La veía zambullirse entre las olas vestidas con su traje de baño de lona rayado: un pantalón hasta arriba de la rodilla, una blusa suelta de manga corta, un gorro de género azul. Llevaba también zapatos de lona, pero apenas pisaba la arena se los sacaba. Yo no veía a ninguna otra mujer que se sacara los zapatos y me daba vergüenza, pues la miraban mucho. A ella le gustaba tanto nadar que usaba el pelo corto para no tener que peinarse después del baño. Me gustaba mirarla, pensaba en cómo se sentía ahí dentro nadando libremente.

Mientras esperaba que saliera del agua, jugábamos con Laura en la arena, vestidas con un gran sombrero para protegernos del sol. Entre los planes de mi madre nunca estuvo enseñarnos a nadar, y el mar de Taltal tampoco era un lugar apto para aprender por sus fuertes olas. Me inquietaba mucho cuando la veía zambullirse porque aparecía y desaparecía. Pero la verdad es que mis temores eran bastantes infundados, porque era tan buena nadadora que cuando vivía en Iquique solía internarse sola en el mar. Cuando ella tenía quince años un joven bañista, admirado por su figura atlética y su atractivo, decidió seguirla aguas adentro. Pero el joven galán no midió sus fuerzas y al poco rato chapoteaba pidiendo auxilio. Ana nadó hacia él, lo tomó por los hombros y lo llevó a la orilla. Nunca más lo vio en la playa.

Otro de mis pasatiempos era ir con mis padres al puerto a esperar la llegada de los barcos. Desde la entrada podía ver los siete muelles de embarque: cuatro para cargar el salitre y tres para pasajeros. Nos aprovisionábamos de grandes racimos de plátanos, que comprábamos apenas los desembarcaban.

En esos paseos sentía una complicidad especial con mi padre, un hombre afable, alto y de intensos ojos azules.